

NO RENEGAR

Por

Alain BOUCHET

En una época en que toda la humanidad se pregunta sobre su finalidad, en que una juventud insatisfecha proclama su sed de una dimensión interior, es más necesario que nunca que reafirmemos la fe de nuestros años jóvenes. En efecto, la grandeza de nuestra vocación castrense es tener por fundamento al hombre en su dimensión de ciudadano.

“El hombre no vive solamente de pan”. Nuestro mundo industrial no ha sabido reconocerlo ni admitirlo. Producir y consumir parecen ser sus únicas finalidades. Todo se resume en planes, en programas, en cálculos, todo tiende al aumento de los bienes materiales, sin preocuparse de que en el interior mismo de los países industriales algunos ya no pueden seguir soportando esta situación y sienten aumentar su desencanto, sin preocuparse tampoco del rencor de otros países menos favorecidos a los cuales nuestro bienestar hace sentir más duramente su pobreza.

Si hay un oficio, fuera del sacerdocio, donde se encuentra el sentido del don gratuito, de la disponibilidad permanente, de la fraternidad, éste es la carrera de las armas. Indudablemente es discutido; como asimismo es desacreditado. Esto se debe en gran parte a que frecuentemente se le juzga desde el punto de vista económico y no en el plano humano. Las fuerzas armadas son aceptadas en tiempo de guerra. Pero en tiempo de paz... cuestan caras, exigen personal y no reportan beneficios... ¿Se justifican aún, ahora que parecen haber tan pocas amenazas? Sin embargo, todos saben que no es precisamente cuando surge el riesgo de un conflicto el momento más oportuno para constituir estas fuerzas; sin duda, sería demasiado tarde. Es preciso e indispensable que ellas existan desde los tiempos de paz. Tanto más que su necesidad se hace sentir, incluso independientemente de la preparación a la guerra, y en estos últimos años se han dado muchos ejemplos de ello. La ciudadanía debe saberlo y admitirlo. Pero son los miembros de las Fuerzas Armadas en quienes recae el deber de hacerlo saber y de dar testimonio de ello.

Si el oficio de las armas no es debidamente apreciado, la mayoría de las veces se debe a los propios uniformados.

NOTA DE LA DIRECCION: El presente artículo contiene conceptos que se refieren a las relaciones de las Fuerzas Armadas con el pueblo, en Francia.

Hemos estimado de interés presentarlo a nuestros lectores en vista de que muchos de estos conceptos pueden aplicarse a otras naciones.

No es replegándose en sí mismas y en su pasado, desapareciendo de la sociedad, o renunciando a su personalidad y vocación, que las fuerzas armadas llegarán a darse a conocer. Deben actuar y comportarse como tales en toda circunstancia.

En el caso de Francia, el retorno a los territorios metropolitanos les ha dado ocasión de rehacer su integración al país, después de prolongadas jornadas en ultramar. ¿Han sacado de esto el mejor partido posible? ¿Se han abierto realmente a los problemas de nuestro tiempo, particularmente a los de la juventud, a fin de convertirse en un elemento activo de la sociedad? Se han hecho esfuerzos en diversos dominios, y se han tomado contactos: oficiales-consejeros, promoción social, publicidad para el tecnicismo que dan ciertas especialidades, etc... Pero esto no es suficiente por dos razones:

- Se descansa sobre un plano material, económico;
- Se pasa por alto la primacía del papel militar de estas instituciones, como si sufrieran de un complejo de culpabilidad.

Es sobre este punto donde el personal de las Fuerzas Armadas debe hacer su propio examen de conciencia. ¿Ha percibido bien su papel institucional en la sociedad? ¿Está dispuesto a hacerlo suyo, asumiendo su propia personalidad? ¿Está dispuesto a ratificar esta actitud?

En efecto, esto es un asunto de testimonio personal. Los ecos de las fuerzas armadas dados por la prensa, el cine o la televisión son fragmentarios, incompletos, alejados a veces de la realidad; también a menudo sus puntos de vista pueden volverse sospechosos para el público. Merecen más que eso. Por lo menos que aquellos que las integran, no renieguen de ellas.

En efecto, muchos uniformados evitan, o se niegan a presentarse como tales.

¡Es tan difícil no ceder al viento del antimilitarismo! ¡Es tan difícil aceptar a veces ser lo que se es!

Tomemos un ejemplo: el encuentro de un militar de uniforme en las calles de la capital, toma el cariz de un acontecimiento... Hablo de la oficialidad, porque no extraña cruzarse con algún hombre de tropa en una tenida que constituye una mala propaganda para las fuerzas armadas, en una ciudad que podría considerarse como la "vitrina del país".

Y no obstante, basta que la oficialidad aparezca de uniforme para que la actitud de la tropa se transforme. ¿Acaso queremos hacer creer al país que no existen uniformados en la capital o tenemos miedo de impresionar a la población revelando su número, o simplemente es el temor de existir? Esto no es más que un síntoma, pero es revelador de una especie de falsa conciencia. Para un miembro de las Fuerzas Armadas, el avergonzarse de su estado es huir de sus responsabilidades institucionales.

¿Por qué además ese incógnito? ¿Por qué ese deseo de pasar inadvertidos? Si esta actitud responde a un oportunismo perezoso, o a una subordinación a cierta moda, entonces se convierte en negativa.

No obstante, hay muchos campos, fuera de sus actividades específicas, en los cuales las Fuerzas Armadas pueden destacarse. Por ejemplo, en el solo plano de la formación intelectual, cada vez que la sociedad moderna requiere la renovación periódica para seguir el progreso de las técnicas y de las ideas, ésta ya ha sido introducida en el ámbito militar. Cuando la Universidad exige que se pongan en vigencia métodos pedagógicos activos, la enseñanza militar superior ya los ha adoptado. No se conoce lo suficiente el hecho de que cierto número de grandes empresas hayan recurrido al método de racionalización operativa-militar.

En cuanto a las críticas respecto al nivel intelectual de los Oficiales, los resul-

tados obtenidos en las facultades por los candidatos a diversos títulos técnicos deberían moderar su aspereza. Asimismo, los recientes retiros de las filas lo han demostrado, permitiendo el ingreso de los Oficiales en la industria o en funciones públicas de jerarquía, lo cual pone en evidencia que poseen la ventaja de una incomparable experiencia humana lograda a través del mando. Pero sólo se trata de campos en los cuales se ofrece una posibilidad de comparación con lo civil.

Existe, además, el dominio específico total de la función militar en la cual las Fuerzas Armadas no pueden ser reemplazadas y que tampoco puede ser sometida a comparación, pues tiene sus propios criterios de apreciación. A lo más se podría tratar de establecer comparaciones con fuerzas armadas extranjeras, aunque ello es un tanto peligroso, pues se introduce en los dominios de la política y de las finanzas, y en tal caso las comparaciones sólo conducen a verificar situaciones que de nada sirven.

Sería un servidor mediocre el que careciera de fe en su vocación militar y sólo la tuviera en tiempo de guerra. Hoy día, las diferencias entre la guerra y la paz se han vuelto muy confusas, especialmente cuando la ciencia ha puesto el átomo a disposición de los hombres y el peligro de destrucción se ha tornado general. El público aún no ha tomado una real conciencia de ello, aunque se complace voluntariamente en imaginarse conflictos de ciencia-ficción, generalmente para llegar a la conclusión que las fuerzas armadas ya no son útiles o que no se adaptan a tales adelantos. Y sin embargo, el papel de éstas y su campo de acción se ha ampliado considerablemente.

No hay motivo alguno para avergonzarse, ni alimentar algún complejo de diferenciación con respecto a lo civil. Es preciso mirar de frente las realidades y poner en funcionamiento, en la mejor forma posible, lo que está a nuestra disposición, sin ocultarse ni excusarse; conscientes, por el contrario, de ser así cumplidores de una misión de carácter nacional.

Es indiscutible que las fuerzas armadas tienen un lugar que ocupar en la sociedad y que su eventual alejamiento repercuta fuertemente en una parte de la población. Basta recordar la resonancia

pública que tuvo la reforma del reglamento de disciplina general. Para medir

Pero ¿acaso este mismo mundo moderno, materialista y poco humano, es bien aceptado? La juventud manifiesta su desengaño ante una civilización de consumo y carente de ideales. Las ideologías que la recubren son también rechazadas con ella. Ahora bien, el militar sabe perfectamente que el valor de un hombre no se mide directamente por su rendimiento económico o por la magnitud de sus emolumentos; sabe muy bien que sin un objetivo, sin un ideal, sin una esperanza, no puede existir un pueblo dinámico o una fuerza armada valerosa; también sabe que el espíritu combativo se refuerza con el poder de las armas. La juventud empieza a darse cuenta de ello y lo proclama en las calles; y los militares, ¿vacilarían en afirmarlo públicamente? Las fuerzas armadas que tienen la misión de formar su propia gente, ¿tendrían menos convicción, menos fe en los valores que defienden, que aquellos a quienes debe comunicarlos?

En primer lugar es preciso que desempeñen su propio papel, pues nadie lo hará en su lugar. Tienen una función bien definida que cumplir por mandato de la nación, y el campo de su actividad ha aumentado considerablemente. Que hagan promoción social, que ayuden a las colectividades y a los particulares, está bien, pero siempre que esta acción no obstaculice sus misiones específicas. A veces es necesario que suplan la carencia de servicios públicos, sin creer y sobre todo sin hacer creer que este papel de "comodín" es su razón de ser, cuando, por el contrario, su papel es mucho más elevado y más humano.

Forjar un elemento capaz de afrontar la guerra si ella es impuesta, requiere crear una doctrina, fabricar armamentos y formar a sus ejecutores. No faltan personas que puedan elaborar las doctrinas

y nunca han faltado, pues en este dominio prestigioso del pensamiento es donde se hacen las más brillantes promociones. Fabricar armamentos al servicio de estas doctrinas es luego la gran preocupación de los tácticos, ingenieros y financieros. Por lo tanto, sólo nos resta la formación de los ejecutores. Y esto es lo más difícil, pues el mejor ejército no podría valer más que el valor individual de sus componentes.

Tocamos ahora la elección entre la carrera de oficio y la conscripción. ¿Conviene acaso en una democracia desear un ejército material que sólo se base en un pequeño núcleo de profesionales, independientes del resto del país? El concepto claro de participación parece condenar esta posición.

Por lo tanto, no es suficiente formar técnicos. Con la aceleración del desarrollo científico, todo conocimiento adquirido hoy habrá caducado antes de 10 años. Si la instrucción dada al recluta se limita a materias técnicas, es como decir tiempo perdido, pues en caso de ser llamado al servicio tendrá que revisar sus conocimientos.

Por ello la formación en las técnicas de avanzada debe reservarse a aquellos que puedan estar sometidos periódicamente a ponerse al día en sus conocimientos; vale decir, el personal de carrera. En cambio, es indudable que algo debe mantenerse, y que como en su tiempo decía el General Lattre, que había comprendido y aplicado admirablemente esta idea, "es la triple formación física, cívica y moral del hombre". El sabía que los medios materiales cuentan poco si no están servidos por una fuerte voluntad. Y esta voluntad él la insufló en las escuelas de oficiales, especialmente en aquellos que él destinaba a ser Jefes. Ellos a su vez la comunicarían a sus tropas, aprovechando las condiciones de vida sana y viril que ofrecen los períodos de campaña y entrenamiento.

Por lo tanto, importa antes que nada formar hombres y ciudadanos. Ahora bien, es preciso reconocer que la civilización urbana actual no favorece este tipo de formación, y precisamente es contra esta inaptitud que se ha insubordinado la juventud. Objetando a la sociedad, ha vuelto a poner en duda postulados que son sus fundamentos. Pero nadie ha

podido negar la importancia que tiene el desarrollo de la personalidad. Precisamente a este desarrollo deben tender las fuerzas armadas, sobre los jóvenes que les son confiados. Esto es un impedimento hacia la mediocridad.

No es necesario disponer de mucho tiempo para motivar a un muchacho de 20 años; basta tener uno mismo la fe y saber comunicarla. Solamente un ideal elevado puede satisfacer a un corazón joven, y si uno no se lo hubiere propuesto, no hay por qué extrañarse de que él mismo se lo hubiese fabricado. Pero cuando lo encuentra, está dispuesto a mover montañas para realizarlo. Por eso la juventud rechaza a los débiles, a los tibios y admite que sean exigentes con ella, incluso duros.

¿Qué podemos ofrecer a su entusiasmo? ¿Una tecnicidad? ¿Un oficio? ¿Un sueldo? Es muy poco y materialista. Necesita sin duda de una gran idea que justifique todos los sacrificios: un florecimiento personal, un sentido de comunidad, una Patria, el gusto del don desinteresado; en una palabra, un ideal. Es falso que los jóvenes ya no sean idealistas, ellos ahora lo están demostrando; solamente que son difíciles de satisfacer, pues pretenden juzgar por sí mismos e imponer su opinión. El sentido de la comunidad y de la solidaridad es la raíz del civismo, aunque deba aplicarse más tarde a conjuntos más amplios que la comunidad nacional.

Y esto, las fuerzas armadas deben decirlo, es una innovación que se espera de ellas, un cambio en las ideas y en los hombres.

Formemos hombres y ciudadanos responsables, el resto vendrá por añadidura. Los períodos de campaña y de entrenamiento fueron una bella escuela de virilidad. Luego, es preciso reencontrar su espíritu.

Pero todo esto sería demasiado para el jefe cuyo tiempo de servicio está limitado a una decena de meses o que, por otra parte, tiene múltiples preocupaciones. Una tropa, sin embargo, vale lo que vale su jefe, y como un ejército vale lo que valen sus hombres, la valorización de un ejército dependerá esencialmente del valor humano de su oficialidad.

Por eso la actitud personal de la ofi-

cialidad es de suyo importante. En primer lugar en autoridad, a causa de la influencia que ellos pueden ejercer, incluso fuera de su área de mando y hasta de sus actividades propiamente profesionales; en la existencia cotidiana y en la vida de la sociedad. Es preciso que la actitud adoptada en público no se contraponga con la que ostenta en el servicio. De lo contrario, no sería sino una falsedad que no engaña a nadie. ¿Cómo podemos comunicar convicciones sin ajustar a ellas la propia conducta?

Las fuerzas armadas, fuera del dominio de sus actividades propias, pueden tener una acción cuya profundidad y extensión dependerán de los compromisos personales de cada miembro dentro de la actividad del país; ya sea cultura, entretenimientos, deportes, vida social, etc... Pero en tal caso es necesario huir del anonimato y no vacilar en confirmar su personalidad militar; las fuerzas armadas lo necesitan y el país entero también, pues unas forman parte del otro, y la potencia o la debilidad de éstas influirá inevitablemente en el país.

El Oficial tiene pues el deber de abrirse a las actividades de la sociedad para dar testimonio allí como Oficial. Esto no es fácil en nuestra época, porque se topa con la oposición de opiniones corrientemente emitidas por personas a quienes la moda ha convertido en los amos del pensamiento de nuestra sociedad. Se necesita valor. El militar que acepta incluso perder la vida en el combate, ¿rehuiría una lucha en la cual su vida no peligra? ¿Le sería acaso más fácil sacrificar su vida que el respeto humano? Y sin embargo, en ambos casos, se trata de una aseveración. Proclamar por su ejemplo, por su comportamiento, la fuerza y grandeza de la institución a que pertenece, es para el Oficial una forma de defender su país. Por lo tanto es mucho más meritorio hacerlo en tiempo de paz, cuando no es espectacular.

Las Fuerzas Armadas no serán conocidas ni apreciadas, si sus representantes se niegan a sacar la cara por ella, si no quieren ser lo que son sin avergonzarse o si se aíslan sin tomar parte en la vida general del país. Cualquier fe está hecha para ser irradiada y no para ser disimulada en cenáculos ignorados. Una causa sin testigos es una causa perdida.

¿Son o no necesarias las Fuerzas Armadas para el país? Todo se resume en esta pregunta. Si el hombre investido con responsabilidades militares tuviera que responder negativamente, no le quedaría más que abandonar las filas, pues su presencia en el seno de un cuerpo cuya razón de ser él niega, no sería sino un parasitismo. Si por el contrario su respuesta es afirmativa, entonces tiene que conformar su actitud personal a sus convicciones y no disimular sus opiniones en el momento en que estas fuerzas, discutidas por la opinión pública, necesitan ser defendidas. Los poderes públicos no podrían lograr que el país las desee, si los propios sectores castrenses pretendieran discutir su utilidad.

Lo que es efectivo para las Fuerzas Armadas en el seno de la nación, ¿no lo es igualmente para Occidente en el mundo actual? Por una especie de mala conciencia, en nombre del progreso y en cierto sentido de la historia, un buen número de pseudo eruditos de nuestras angustias y creídos, la condenan a la decausarse públicamente de fallas inexpiables, reniegan del valor de su herencia, rehusan responsabilizarse de su propia personalidad, dando a veces la razón a quienes los atacan. Renegando lo que fuera la fuerza y el dinamismo de su civilización y en la medida que sean seguidos y creídos, la condenan a la decadencia...

No es muy fácil comprender y sobre llevar una historia como ésta, que desde hace largo tiempo se confunde con los hechos de la guerra: los militares tienen pues mucho que mantener en comparación con otros sectores. Ser miembro de las Fuerzas Armadas es representar su país, es también, sentirse responsable de impedir su decaimiento. Pero es al mismo tiempo abrirse al futuro para hacer fructificar la herencia del pasado y asegurar el equilibrio, fundándose principalmente en el mantenimiento de los valores humanos. El progreso de un pueblo no puede lograrse si sus ciudadanos son pusilánimes. Es por ello que el carácter y el espíritu cívico siguen siendo los más firmes pilares de la esperanza.

¡Renegar es perder el espíritu!

(De "Revue de Defense Nationale", diciembre de 1968).